

## Che Comandante

De acuerdo, fue un maximalista.  
De acuerdo, escogió una vía "equivocada".

De acuerdo, son muchos los que lo execran y condenan.

Y hemos de coincidir también en que toda su vida y toda su muerte constituyeron un elevado testimonio de congruencia. Las palabras de Ernesto Che Guevara son sustantivas: jamás fueron contradichas por la acción.

Tengo en la memoria a aquella niña pionera que el 21 de agosto pasado leía en voz alta, ante Fidel Castro, la carta que el Che dejó al Comandante de la Revolución Cubana cuando partió a otras tierras. Hacía un día hermoso en La Habana, y la colegiala repasaba estas líneas:

"Fidel, me recuerdo en esta hora de muchas cosas: de cuando te conocí en casa de María Antonia, de cuando me propusiste venir, de toda la tensión de los preparativos. Un día pasaron preguntando a quién se debía avisar en caso de muerte y la posibilidad real del hecho nos golpeó a todos. Después supimos que era cierto, que en una Revolución se triunfa o se muere si es verdadera... Muchos compañeros quedaron a lo largo del camino hacia la victoria. Hoy todo tiene un tono menos dramático porque somos más maduros... Hago formal renuncia de mis cargos... Nada legal me ata a Cuba, sólo lazos de otra clase que no se pueden romper como los nombramientos..."

Se cumplen 8 años de la muerte del Che Guevara. Desde semanas atrás, el ejército boliviano lo cercaba y lo diez-maba. Nada podía salvarlo: los campesinos lo delataban; algunos de los guerrilleros, poco a poco, iban flaqueando y desertaban; no había comunicación con el exterior, no llegaría jamás ningún refuerzo. Era inexorable el tránsito amargo hacia la muerte.

El niño asmático, joven rechazado de los juegos de sus compañeros, médico debilucho consumido en su propia fiebre, ciudadano montado en las grupas de todas las bestias de carga, recorrió América Latina y abrió los ojos a las desigualdades amontonadas por siglos. Estuvo en México. Conoció a Fidel y lo acompañó en la gran aventura del Granma, de Sierra Maestra, de la captura del poder, la demolición del viejo orden y la instauración de un nuevo sistema cuyo humanismo sólo muy pocos, de lejos, se atreven a poner en entredicho. Vivió varios años como ministro de Estado, manejando la economía de su Cuba del alma. Vivía para la institucionalización del poder, no para la burocracia del gobierno. Pero no aguantó al llamado del fondo de su conciencia. No era iluso; soñador acaso; seguramente, sin duda de ninguna especie, un revolucionario de la acción, un creador necesitado del laboratorio

social a la mano, un combatiente al que siempre le sobraron cartuchos. Y partió sin prisa, sin tardanza. Le dejó dicho a Fidel (la niña leía en ese tono hermoso de las inocencias que florecen en la Revolución) que "en los nuevos campos de batalla llevaré la fe que me inculcaste, el espíritu revolucionario de mi pueblo, la sensación de cumplir con el más sagrado de los deberes: luchar contra el imperialismo dondequiera que esté... Si me llega la hora definitiva bajo otros cielos, mi último pensamiento será para este pueblo y especialmente para tí... Trataré de ser fiel hasta las últimas consecuencias de mis actos... No dejo a mi mujer y a mis hijos nada material y no me ape-na, me alegra que así sea..."

Hay muchas instancias admirables en la vida del guerrillero. Todas están iluminadas por la irrefrenable vocación a la lealtad a las ideas. Tuvo muchos verros dentro y fuera de la política; fue impaciente, a veces terco y agrio, con los pensamientos hechos un nudo de obsesiones y cierta proclividad a la intransigencia. Pero fue honesto, consecuente, altamente responsable y militante de las mejores causas. Esto lo salva. Echar el pellejo por las ideas, si hay una verdadera trabazón con las fuerzas del pueblo, salva a cualquiera. Se le admira más aún por los jóvenes que se han cansado inútilmente de buscar en los viejos un ejemplo a seguir. Se le respeta en este tiempo de crisis universal de valores, de marcada ausencia de liderazgo moral.

Es inadmisibles que a la figura del Che se le minimice o se le convierta en ídolo de todos los arranques impulsivos, casi siempre identificados con la contrarrevolución. Fue un luchador, un gran luchador social, y como tal hay que juzgarlo.

El extraordinario Nicolás Guillén, que estuvo acá la semana anterior, me contaba que el mismo día de la muerte del guerrillero, le compuso en unos minutos el famoso poema "Che Comandante". Desde las primeras líneas es bello:

"No porque hayas caído/ tu luz es menos alta... No por callado eres silencio/ Y no porque te quemén/ porque te disimulen bajo la tierra/ porque te escondan/ en cementerios, bosques, páramos,/ van a impedir que te encontremos/ Che Comandante,/ amigo..."

Yo también recuerdo con respeto a Ernesto Che Guevara.